

## Breve itinerario de Marino Armesto y Armesto

Blanca Armesto de Roca

Trataré de tocar los principales aspectos de la vida de mi querido padre, nacido en Herrán y fallecido en Guatemala el 10 de marzo de 1993, y enterrado en el Panteón Español, donde quería “estar” entre otros españoles.

Nació mi padre en Herrán, Burgos, un precioso pueblecito situado en el Valle de Tobalina, donde la familia paterna tenía una gran casona familiar, algunas huertas, una era y un campo. Allí nacieron todos sus hermanos, Ramiro, Eduardo, Arturo, Blanquita (de donde y por quien me pusieron a mí Blanca) y él, Marino. Allí se criaron y veranearon siempre y esta costumbre continuó mientras vivimos en España, reuniéndonos desde varios puntos de España durante el verano. Mi abuelo, que era de Villafranca del Bierzo, estaba emparentado con la familia Cadórniga y Valcárcel, pero muy pocas veces fuimos allí. Mi abuelita prefería también Herrán. No se repuso nunca de la muerte de su única hija, Blanquita, fallecida a los 18 años, cuando apenas empezaba la vida para ella.

En Herrán, tierra de mi padre, aprendí a trepar a los árboles, a cazar lagartijas y cortarles la cola, a poner trampas para cazar cangrejos en el río, a ir a la fuente a por agua con los botijos, a ir a la trilla, a estar en la era una o dos horas con los bueyes dando vueltas con un sombrero de paja en la cabeza. Aprendí a acompañar por la mañana temprano al cabrero que venía a por las cabritas de todas las casas, a ir con él parte del camino, hasta las afueras del pueblo y luego a esperarlo al caer la tarde cuando regresaba, para ver como, por arte de magia, todas las cabritas sabían cuál era su casa y se metían dócilmente por donde les tocaba. Aprendí a pescar y a agarrar ranas. Aprendí muchas cosas que en León, en la ciudad donde vivíamos, jamás podría haber experimentado. A mí me encantaba el cambio, empezando por tomar el tren desde León para juntarnos en Miranda de Ebro, donde comíamos todos. Luego tomábamos un autobús,

luego un taxi y finalmente, íbamos en un carretón tirado de bueyes o en un burrito de alegre trote. Mi padre, que sólo me tuvo a mí, su hija única, me quiso enseñar todo lo que le hubiera podido enseñar a un chico. Allí vi como paría una cerdita, aprendí a meter yo solita a las bestias al establo, en la primera planta de la casa, y experimenté que comer la fruta trepada a un árbol era más sabroso. ¡Ah! ¡Qué recuerdos tan hermosos...!

Pero volviendo atrás, mis padres vivían de solteros en Madrid, ambas familias. Los jóvenes se conocían y mi madre era amiga íntima de estudios de mi tía Blanquita. Un día se enteró mi padre de que iban a bombardear<sup>1</sup> durante la noche la zona donde vivía mi madre y les fue a avisar. Se llevó a toda la familia a su casa y creo que allí se inició el romance. Efectivamente, a la mañana siguiente fueron a ver la casa de mi madre y estaba partida en dos por un obús. Se podían ver las habitaciones desde fuera. Comprendieron que hubieran muerto de quedarse.

Desde que se pudo, pues Madrid era frente de guerra, toda la familia se disgregó, unos se fueron por un lado, otros por otro. Mis abuelos paternos se fueron a San Sebastián, mi familia materna con mi madre a Alberite (La Rioja), mi tío Ramiro a León y mi padre se quedó en Madrid.

Mi tío Ramiro fue un héroe y no son cuentos. Merece un párrafo. Era el presidente de la Diputación de León, muy buena persona y querido. No había nada en contra de él, pero tal y como estaban las cosas durante la guerra, le pidieron unos nombres y unas direcciones. Sabiendo que los iban a sacar a “dar el paseo”<sup>2</sup>, no quiso dar los nombres. Lo metieron en la cárcel y sabiendo que venía el indulto por falta de razones para fusilarlo, adelantaron el fusilamiento cuatro horas para cargárselo... Dejó una viuda y dos niños, una de tres años y un bebé de un año. Otro golpe para mi abuela.

Cuando terminó la guerra, mi padre, Marino, fue a ver a Lolita que estaba en Alberite y, como ya eran novios, sin más le propuso matrimonio. No tenían nada. Me cuenta mi madre que se casó un 13 de enero con un sencillo traje negro, el único que tenía, con gabardina y una boina a la cabeza. La fiesta consistió en ir a tomar un chocolate con los poco familiares que asistieron, que no llegaron a 10. Pero... ellos eran felices. Se casaron en el Pilar y la “Pilarica”<sup>3</sup> siempre los protegió.

Mi padre, muy dolorido por el fusilamiento de su hermano Ramiro, se propuso ir a ejercer la abogacía en la misma ciudad donde lo habían matado,

<sup>1</sup> Se refiere a la Guerra Civil Española (1936-1939). (N.E.).

<sup>2</sup> Durante la Guerra Civil española, acción realizada por milicias de los diferentes partidos que consistía en detener a un individuo, llevarlo a las afueras de la población y matarlo. (N.E.).

<sup>3</sup> Nombre popular, de tono cariñoso, dado a la Virgen del Pilar de Zaragoza. (N.E.).

en León. Eran épocas malas las de la posguerra. Había que conseguir muchas cosas de estraperlo<sup>4</sup> si es que tenías algunas pesetas, porque hubo mucha hambre y escasez en la posguerra y envidias. El dinero no llegaba y como abogado fue experimentando que no le daban ningún caso para poder salir adelante. Su espíritu aventurero fue saliendo a flote y empezó a leer revistas que venían de América anunciando puestos de trabajo. Después de haber pasado unos cuantos años de mucha escasez, de una forma de vida que no fue de su gusto, diez años después de casado, emprendió un gran viaje y se lanzó a cruzar el charco. Se vino a Venezuela, contratado como jefe de una pujante compañía de seguros. A los dos meses nos mandó llamar, pues le pareció acertado trasladar a la familia. Tenía 47 años.

Viajé en avión, un DC3, clima diferente, personas distintas. ¡Todo tan diferente! Allí mi sorpresa fue grande al conocer el mar, porque aún cuando yo nací en Rentería, San Sebastián, nunca lo había visto. Cuando tenía dos añitos mis padres se mudaron a León. Yo que estaba acostumbrada a los diciembres nevados y fríos, con muñecos y peleas de bolas de nieve, con castañas asadas en los bolsillos de los chaquetones, con guantes y bufandas, me encontré de pronto con el mar a fin de año, con sol y calor del bueno.

En Venezuela mi padre viajó mucho, desarrollando la empresa y conociendo ciudades como Barquisimeto, Valencia, La Guaira, Carabobo, Maracay y Maracaibo, Barcelona, Isla Margarita y finalmente el Llano, que le gustó mucho. Allá lo veía yo con pantalones de dril<sup>5</sup>, con el sombrero típico de la región y lo que no le gustaba era el liqui-liqui<sup>6</sup>, traje típico del Llano, porque por el calor no aguantaba tenerlo cerrado hasta el cuello. Arpa, maraca y cuatro, la música de esas tierras, empezó a resonar en casa y las costumbres empezaron a cambiar. Vivíamos bien. Mi madre se puso a trabajar también en una empresa de una distribuidora de películas y yo asistí a un colegio inglés, donde no se hablaba ni gota de español. Todos contentos, saliendo adelante, cuando en esto hay un golpe de estado y cae el dictador de esos momentos, Pérez Jiménez<sup>7</sup>, y empieza un clima de inestabilidad en el país. Una tarde entró a la fuerza un comando de soldados a la casa a requisar no sé qué y mi padre dijo que no había salido de España para empezar a pasar por las mismas

<sup>4</sup> La autora del relato se refiere al comercio ilegal de los artículos intervenidos por el Estado o sujetos a racionamiento, especialmente intenso durante el régimen franquista hasta mediados de los años 50. (N.E.).

<sup>5</sup> Tela fuerte de hilo o de algodón crudos. (N.E.).

<sup>6</sup> Traje tradicional masculino de Los Llanos de Venezuela y del caribe colombiano que combina camisa de manga larga con bolsillos rectangulares y que va cerrada hasta el cuello, con pantalón y alpargatas. (N.E.).

<sup>7</sup> Se refiere al año 1958 cuando Marcos Pérez Jiménez fue depuesto como presidente de la República tras un golpe de estado llevado a cabo por las Fuerzas Armadas. (N.E.).

cosas que allá habían sufrido. Volvió a buscar anuncios en revistas, volvió a consultar dónde había trabajo en América y lo encontró en Chile. Y cuando tenía casi todo listo, sucede un tremendo terremoto en esas tierras que desoló varias regiones del país. Así que en vez de mirar para abajo en el mapa, miró para arriba y volviendo a buscar en revistas, encontró una oferta de trabajo interesante al frente del departamento de la Pan-American Insurance Company. Y se vino a Guatemala. Nos iba a llamar a los dos meses y así lo hizo, porque le encantó el país. Decía que era una ciudad donde la gente todavía llevaba sombrero. Se sentaba en un parque que había en el centro (el Parque Central) a lustrarse los zapatos y a leer el periódico. Que había una calle con muchos comercios (la Sexta Avenida) donde paseaba mucha gente, unos en un sentido y otros en otro, ordenadamente. Era como una ciudad de España unos cuantos años atrás. Tranquila, con las personas de mucha amabilidad y hablar sonoro.

Recuerdo que el mismo día que llegamos a Guatemala, quiso mi padre que diéramos un paseo por la ciudad en un taxi. Pasábamos frente a un bonito edificio, un teatro, cuando explotó una bomba. Fue la explosión del Teatro Abril. Nos quedamos asustados y él comentó: “A saber dónde nos hemos metido”.

Como mi madre destacaba por su excelente cocina, animada por los amigos después de varios años, mi padre compró y tuvo por algunos años un restaurante, La Masía. Luego montó otro, el restaurante Lys, al lado de la embajada de los Estados Unidos. En todos ellos mi madre fue su gran colaboradora. Sin embargo, poco a poco, fue dejando los negocios y centrándose más en la filatelia, un hobby que le encantaba desde niño, al punto que siempre tuvo una colección personal, que vendió una vez para venir a América y otra para superar una de las crisis de la vida, repitiéndola nuevamente de inmediato. Siempre le gustó, proporcionándole muchos y buenos amigos con quienes tenía una buena y sabrosa tertulia, manteniéndose de esa forma muy al tanto de todos los detalles de la vida en Guatemala.

Varios doctores, políticos de renombre y otras personas formaban parte del grupo que llegaba por sellos y conversación a “Mayara”, la filatelia de la Segunda Avenida de la zona 1. Allí, durante años, se hizo muy amigo de los doctores que le acompañaron hasta sus últimos días, cuando finalmente Dios se lo llevó a descansar.

Fueron tiempos tristes, pero incluso en medio de esos tiempos, siempre supo darle un sabor a la vida muy optimista y práctico. Mi padre supo disfrutar con todos los detalles sencillos de la vida, supo darle alegría a los días que vivió, supo hacerse amigo de todos los que trataba, desde un taxista, pasando por el zapatero que le arreglaba sus zapatos, hasta un abogado de abolengo que le visitaba y el doctor con quien compartía un whisky comparando sellos. Tenía un cuadrado cerca de su escritorio que decía: “Vive agosto y olvida los disgustos”.

Recuerdo que todos los días 13 de mes, siempre que “el clima” lo permitiera, decía refiriéndose con esto a los medios económicos, se iban muy arregladitos él y mi madre al Hotel Camino Real, a la barra, a tomar un par de whiskys él y un cubalibre ella y bien atendidos con unas boquitas<sup>8</sup>, escuchaban música y pasaban un par de horas, al cabo de las que regresaban a la casa en su taxi particular, cuyo conductor se había convertido hacía años en amigo de ellos. Nunca quiso tener vehículo en Guatemala.

Quiero finalizar con unas palabras que me repetía a veces y son así: “Vida honesta y arreglada, usar de pocos remedios y poner todos los medios de no alterarse por nada. La comida moderada, ejercicio y diversión, nunca tener aprensión, salir al campo algún rato, poco encierro y mucho trato y continua ocupación”.

Me dejó muchas lecciones y hermosos recuerdos mi padre. Especialmente un amor grande a la familia y a la tierra natal, España, así como a León, Burgos y su Herrán, pueblecito bonito perdido en el tiempo, que recientemente he vuelto a ver y me ha sorprendido por su belleza y claridad. Ha sido declarado “Aldea Medieval” y han situado dos “casas rurales”<sup>9</sup> donde antes estaban una torre y un silo. Cuenta con no más de veinticinco casas totalmente rurales, como estaban hace 50 años, aunque ahora tienen luz y agua corriente. Con razón le gustaba tanto a él y a todos nosotros. Pude visitar la iglesia románica donde bautizaron a toda la familia paterna y pude encontrarme con una niña con quien jugué cuando yo tenía 10 años, hace de ello 50 primaveras... Olé por la primavera en el corazón, como diría mi padre. Termino estas líneas, dándole mil gracias a Dios por los padres que me concedió y por el ejemplo que me dieron de cómo vivir, enfrentar y disfrutar de la vida, del trabajo, y del descanso.

<sup>8</sup> Tapas. (N.E.).

<sup>9</sup> Alojamientos hoteleros en los lugares de poca población. (N.E.).



La autora en Herrán, Burgos.



En la iglesia de Herrán.



Calle de Herrán.